

VISION GEOPOLITICA DEL MEDIO ORIENTE

Tte. Coronel ALVARO VALENCIA TOVAR



“Las huellas de muchos pasos ya se han perdido en las arenas del desierto, y muchas otras habrán de seguir las”.

PROVERBIO ARABE.

Como entidad geográfica, la región del mundo denominada Medio Oriente carece de una delimitación exacta. Su amplitud espacial varía según el criterio analítico gobernante. El nombre mismo carece de todo sentido real, sujeto como está a la relatividad de posición sobre la esfera terrestre de quien lo contemple. Podríamos decir que el término implica una concepción puramente occidental.

Más que Medio Oriente, merecería el nombre de **corazón del mundo**, este espacio geográfico que puede considerarse envuelto en un amplio óvalo que arrancase del desierto líbico por el Oeste para buscar el Mar Negro, proseguir hacia las montañas caucásicas y el Mar Caspio, descender luego hacia el Golfo Pérsico y torcer hacia el Occidente hasta encontrar de nuevo el punto de partida.

Sobre esta tierra en la que la arena y la roca predominan en la vastedad de un panorama de desiertos, se han obrado fenómenos prodigiosos. El término que hemos sugerido, corazón del mundo, no tiene tan solo un sentido físico, sino preferentemente espiritual y humano. Al remontarse a través de los seis mil años de historia conocida de nuestra especie, se llega irremedia-

mente a las cuencas eternas del Nilo en el ángulo noroeste del África, del Tigris y el Eufrates en la llanura mesopotámica. En las ruinas silenciosas de ciudades que fueron, en rotas columnas de templos antiquísimos, en escrituras indescifradas, en sepulcros perdidos bajo la arena, en la pétreo superficie de cavernas prehistóricas, alienta en secretos esfumados en el tiempo el posible origen de la vida.

La era antigua converge desde todas partes de la Tierra hacia este corazón histórico. De aquí arranca cuanto en nuestro tiempo es cognoscible sobre el pretérito que se pierde en la noche del tiempo y en los torrentes del diluvio universal, fenómeno este de innegable ocurrencia como lo demuestran extractos y sedimentaciones, para no hablar de la tradición que guarda después de varios milenios identidades y analogías en zonas distantes y aisladas. La misma Ur de los Caldeos, legendaria ciudad citada por la Biblia como patria de Abraham, parece surgir de su sepultura de arena en la Mesopotamia para configurar su existencia prediluviana.

Egipto, Caldea, Asiria, Persia, Arabia, Fenicia, son vocablos tan antiguos como el recuerdo. Cuna de las más

grandes civilizaciones de la antigüedad, el Medio Oriente antecede en el tiempo a todo lo conocido y supera quizá al oscuro misterio de la China en esta posibilidad de vejez histórica. Un innegable magnetismo ha impulsado a los conquistadores de todas las épocas hacia este corazón geopolítico del mundo. Los grandes imperios solamente han alcanzado la plenitud de su poder cuando han logrado la conquista de esta inmensidad de arena. En veces la potencia expansiva surgió del centro y se extendió hacia la periferia bajo los estandartes de Azurbanipal, Semiramis, Nabucodonosor. Ciro, Darío, Jerjes, Thutmosis, Ramsés, partieron de lo que podríamos llamar la órbita de esta célula gigante para conquistar su núcleo vital en un esfuerzo unificador que jamás alcanza a producir resultados estables. Cuando en la periferia de este centro magnético comienzan a generarse fenómenos de crecimiento manifestados en fuerzas desbordantes de invasión, se inician las conquistas externas que han de sucederse en repetición interminable, inspiradas siempre por el magnetismo extraño de esta tierra iluminada.

El efímero poder macedónico llegó a su apogeo cuando las falanges de Alejandro pisaron el suelo sagrado de este pequeño Oriente mediterráneo. Roma alcanzó la ordenada máxima de su grandeza cuando incorporó este óvalo semidesértico a su formidable patrimonio imperial. La civilización árabe que tuvo con Mahoma su belicoso origen, arrancó de las arenas bíblicas y de ellas se expandió por Asia, África y la misma Europa, brillando con luz propia durante ocho siglos. Las Cruzadas de la Edad Media, fueron a la vez empresa mística y guerrera encaminada al dominio de este núcleo del Universo. El Imperio Otomano agrupó bajo la égida de los turcos toda la extensión del Medio Oriente, y

cuando se desmembró en las sombras de la derrota de la I Guerra Mundial, otro Imperio, el Británico, absorbió los viejos dominios para llegar al ápice de su poderío.

Los ríos

¿Por qué unas tierras áridas, una inmensa extensión de desiertos donde la vida es dura y seca, han servido de escenario al desarrollo de civilizaciones prodigiosas que se suceden en el tiempo y en la Historia? ¿Por qué de esta área geográfica surgen influencias tan formidables como la del antiguo Egipto que inspiró siglos más tarde al mundo grecolatino? ¿Por qué, cuando Europa había pasado a ser desde las últimas épocas de la era antigua el centro del universo, el Oriente seguía gravitando poderosamente sobre el destino de la humanidad? ¿Por qué en el desconcierto de nuestra edad, la ebullición de inquietudes, la inestabilidad política, la angustia colectiva de esta zona crítica de la tierra sigue ocupando y preocupando la desvelada atención de las grandes potencias, más que ningún otro ámbito geográfico del Mundo?

Estos y muchos otros interrogantes surgen al recorrer la vastedad de arena y roca, bajo la impresión de que se está transitando sobre el lomo mismo de la Historia. El Medio Oriente asombra y sobrecoge. Parece increíble que aquellas resacas extensiones hayan servido de asiento a la grandeza de otros siglos, y que en ellas se hayan producido fenómenos espirituales que han cambiado, orientado o influido de manera decisiva los destinos del mundo.

Cuando 2.000 años antes del advenimiento de Cristo Europa dormía apenas su primera infancia de barbarie, ya las pirámides egipcias elevaban al cielo la majestad de sus moles formidables, cuya altura tan solo fue superada en pleno siglo XX por los ras-



cacielos neoyorquinos, matemáticamente orientadas, construídas con bloques de granito que hubieron de cruzar la corriente del Nilo y ser remontadas con su peso de varias toneladas, en épocas en que no se conocía otro medio de neutralizar la gravedad que la rampa y el rodillo.

Pero no es tanto el prodigio de monumentos y obras materiales catalogadas entre las maravillas de la antigüedad lo que atrae y asombra. Es la manifestación espiritual de culturas y religiones brotadas de la arena para cubrir la Tierra como una fiebre de

contagio que ha estremecido las edades y sobrepasado los siglos. A la par que nuestra civilización contemporánea busca afanosamente sus orígenes en las arenas orientales, de aquellas brotan las tres religiones monoteístas de la humanidad: judaísmo, cristianismo e islamismo, cuyas filosofías tienden cada día más a gobernar el pensamiento metafísico de todos los pueblos.

Este complejo de fenómenos encuentran parcialmente una explicación geográfica: el lento rodar de las aguas de tres ríos, que han bañado la cuenca de esta zona del mundo y sobre cu-

yas orillas se sucedieron naciones e imperios que conocieron las glorias de la guerra y la conquista, el florecimiento de las ciencias y las artes, la plenitud sensual del poder y la inevitable decadencia que cede el paso a nuevas huestes dominadoras.

Los grandes ríos son las arterias de la vida entre la yerma extensión de arena. La infancia del hombre fue, una vez se hizo el tránsito de la forma nómada a la existencia sedentaria, de orden esencialmente agrícola. Y el Nilo, con sus desbordes fertilizantes de ciclo invariable, y el Tigris y Eufrates con sus inmensas riquezas de aluvión fueron el elemento nutritivo de esa infancia. La Historia se ata así, con firmes lazos indestructibles, a esas aguas cargadas de aliento vital.

El espacio

La misma relatividad de que ya se habló al referirse a la ubicación del área estudiada afecta sus límites terrestres. Cuando el Medio Oriente agita la hora política mundial con sus profundas inquietudes, su ámbito regional parece distenderse en ondas explosivas hasta los extremos nororientales del Africa, o descender sobre las ondas del Nilo hacia la entraña del Sudán y la Etiopía, o alcanzar con su oleaje amenazante los confines del Pakistán islámico y la India de Buda y de Vishnú.

Curiosamente, y a excepción de pequeños islotes ajenos, este Medio Oriente político es en la época actual el propio mundo musulmán, aunque no árabe. El espacio geográfico se identifica y confunde en esta forma con una religión que es al mismo tiempo filosofía, mentalidad, inquietud, contraste violento entre el anhelo de unidad y la fuerza disolvente de hombres situados de espaldas entre sí con frente a opuestos horizontes.

Geográficamente, el espacio vital de

estos pueblos está configurado en dos zonas bien distintas: montañas y mesetas. Una y otra guardan entre sí un denominador común representado en el desierto, que en veces se presenta bajo la forma de un océano de arena, otras en rocas gigantescas donde el blanco, el gris y el siena armonizan extrañamente en paisajes lunares rotos apenas en su uniforme grandeza por la minúscula timidez de un oasis que desafía la soledad con su leve aliento de vida.

El mar

A excepción de sus confines extremos, donde el Medio Oriente se integra en el Oriente absoluto o se detiene ante la barrera de las montañas caucásicas, o se desvanece en el vacío africano, la arena quebrada por el sol que parece su constante irremediable ha de sumergirse en el mar. En esta forma la superficie amarillenta que constituye un horizonte común del espacio vital, cambia apenas de sustancia y de color, manteniendo el mismo sentido de ondulada inmensidad.

Las aguas que bañan el litoral del Oriente Medio son el mar de la Historia, en cualquiera de las direcciones en que la desleznable solidez de la arena se trueque por la líquida movilidad de las aguas.

Hacia Occidente recibe el abrazo de un Mediterráneo que ha sido desde los orígenes del tiempo un mar de conquista y de aventura. Por el Sur, su masa terrestre es penetrada por incisiones del Pacífico que constituyen lagos domésticos bajo nombres de poderosa evocación: Mar Rojo con su color extraño y sus resonancias bíblicas. Golfo Pérsico, barrera y enlace a la vez de la Persia antigua y la más reciente Arabia. Golfo de Adén, que el Océano Indico lanza en rescate del Mar Rojo aprisionado entre dos continentes que se miran sobre sus aguas sin llegar a unirse.

Hacia el Norte el Mar Negro, charco de hostil distanciamiento entre el mundo europeo y el del pequeño oriente, y el Caspio que viene a ser parte de la barrera caucásica que la Gran Asia ha tendido a la pequeña.

El Medio Oriente, encrucijada del Mundo.

Al contemplar por un instante el mapa universal, llama la atención al primer golpe de vista la presión formidable que parecen ejercer tres poderosas masas terrestres sobre la aparentemente frágil articulación que las une. Los tres bloques continentales de Asia, Africa y Europa, semejan enlazarse contra su voluntad en esta angostura geofísica que las encadena en el imposible empeño de uncirlas a un destino común. Diríase que cada una ejerce una desesperada fuerza de rompimiento, que al no encontrar salida reacciona con todo el poder de su masa en sentido inverso al de la tendencia inicial, convirtiendo el intento de ruptura en presión incontenible.

Esta poderosa convergencia de fuerzas traza la imagen comparativa del ansia secular de los tres continentes por la posesión de este cuello desértico que al mismo tiempo une y divorcia el mundo, que a través de sus arenas se ha dado cita por los caminos inciertos de la Historia.

En el pasado fueron las tardas caravanas las que enlazaron los mundos por caminos borrosos de leyenda. Más tarde los navíos impulsados por el viento de la aventura. Luego las quillas de acero de buque movidos por la máquina presurosa del progreso, que se abrieron paso por las arenas en un canal abierto por la mano del hombre entre el Mediterráneo y el Mar Rojo para acortar distancias y agigantar dominios. Hoy como ayer y como siempre desde que la Humanidad guarda memoria de sí misma, el Medio O-

riente ha sido la encrucijada del mundo.

La Guerra una constante histórica

Las fuerzas de tensión y presión generadas por la convergencia de masas sobre este débil cuello de enlace, vinieron a acrecer desmesuradamente el ya vivo conflicto interior de un área que lleva seis mil años tratando de encontrar su propio destino sin alcanzarlo nunca. En esta forma, el conflicto bajo todas sus expresiones bélicas, el choque armado, la batalla interminable han sido el drama secular sobre la vastedad de este escenario que ha visto nacer y desmoronarse poderosos imperios que se suceden unos a otros en el tiempo y que guardan entre sí un solo punto de extraña identidad: la guerra como origen de transitorias grandezas y la guerra como epílogo de inevitable decadencia.

La lucha entre pueblos primitivos y ciudades hostiles, pasa a ser con el correr de los siglos el choque cataclísmico entre los imperios, y cuando estos se han destruido o debilitado en impresionante sucesión, y en otros lugares de las masas continentales externas surgen naciones nuevas y potentes, las grandes invasiones penetrantes encuentran aquí un espléndido campo de batalla.

Por todas partes el viento va acumulando partículas de arena sobre los restos de culturas desaparecidas en los valles de los grandes ríos o que se levantaron sobre los puntos de paso de las caravanas para vivir de sus tributos. Sumerios y Akadios poblaron las márgenes del Tigris y del Eufrates desde el cuarto milenio antes de Cristo, a tiempo que los primeros egipcios lo hacían sobre los bajos inundables del Nilo, en el fértil laberinto de su delta. Caldeos, Asirios, Babilonios, luchan hasta el aniquilamiento por el derecho a la vida en las dehesas de aluvión de la Mesopotamia. Egipcios del Afri-

ca e Hititas de la Anatolia se baten sobre la llanura siria, y Palestina pasa a ser la trágica y sangrienta ruta de invasiones sucesivas que llevan a africanos y asiáticos a sobrepasar las barreras naturales de su propio espacio vital, para expandir dominios y añadir botín a los carros de guerra de soberanos ávidos de renombre y poderío. No hay una década en la que no resuene el choque de las armas. No hay siglo que no señale la agonía de un pueblo, la muerte de un imperio, la desaparición de una raza.

Culturas nacientes evolucionan hacia civilizaciones prodigiosas, con el cuerno de guerra que antecedió al clarín como eco perenne de esta sucesión de parábolas que surgen de la arena y allí van a morir ineluctablemente.

De la Edad Antigua a la Epoca Contemporánea.

Aparte de las ocasionales invasiones semíticas procedentes de la Gran Asia que acaban por ser expulsadas o absorbidas por el poderoso caldero de fundición de razas que ha sido el Medio Oriente en todas las etapas de su guerrero devenir por los siglos, fue Alejandro el Grande quien primero encabezó una invasión organizada dentro de un propósito definido de dominación imperialista. Sus falanges macedónicas describieron un impresionante arco de victorias que arranca de la Grecia superior y, abrazando el Mediterráneo Oriental, culmina en el Delta del Nilo con la fundación de Alejandría, después de una ocasional penetración hacia la India. Aunque el dominio material de las conquistas hubiese sido efímero, el Mundo Griego transportado por Alejandro al Oriente dejó una profunda huella en las culturas asiáticas, en una tardía retribución de las influencias egipcias de otras épocas.

Roma, heredera de Grecia en todos los campos de la civilización helénica,

lo fue también en el campo militar. Sus legiones hollaron las rutas milenarias de la encrucijada, y sus águilas se levantaron sobre los templos de oscuras deidades en las ciudades cautivas.

El Imperio Bizantino que sucedió a Roma en la parte oriental del antiguo dominio de los Césares consiguió el prodigio de sobrevivir durante ocho siglos y mantener dentro de sus límites buena parte de la articulación geográfica intercontinental, hasta sucumbir finalmente con la caída de Constantinopla en manos de los turcos sarracenos en 1453.

Ocho centurias atrás, Mahoma había iniciado sobre la Arabia y la Palestina sus magnéticas predicaciones que se regaron en un impresionante fenómeno de contagio sobre el descohesionado Oriente, originando así un nuevo factor de poder, representado en la fuerza del Islam que, aún en nuestros días, sigue siendo la esperanza aglutinante de un mundo que se ha destrozado secularmente sobre el escenario construido por la naturaleza para el surgimiento de un solo pueblo y de una sola nación. La civilización árabe cubrió el oriente medio, pasó por Egipto al litoral africano y por el estrecho de Gibraltar asaltó la Península Ibérica. El Islam, como una pinza gigantesca, amenazó por un instante con unir sus brazos penetrantes en el propio corazón de la Europa cristiana, con los turcos a las puertas de Viena y los árabes moriscos asomados a Francia a través de las ventanas de roca de los Pirineos.

En el Siglo XI sobreviene la colisión formidable de los dos grandes mundos en que se había partido la religiosidad medieval de Europa y el Oriente. Musulmanes y cristianos, provenientes ambos del viejo tronco judaico se lanzan a una guerra a muerte que por 200 años extremece los vie-

jos campos de batalla. Jerusalén, ciudad santa para ambos contendores es el objetivo aparente, pero tras él alienta el magnetismo eterno del corazón del mundo.

La decadencia árabe originada por la división de sus múltiples califatos dio paso a la hegemonía turca conocida como el Imperio Otomano, que unió con mano de hierro y cadenas de comunidad religiosa la totalidad del Medio Oriente.

La desventurada alianza de Turquía con los Imperios Centrales en la Primera Guerra Mundial terminó con la desmembración de la hegemonía otomana. Inglaterra y Francia, como potencias coloniales triunfadoras se repartieron los despojos territoriales bajo diversas denominaciones políticas: mandatos, colonias, dominios, en tanto que el nuevo concepto de las "esferas de influencia" hacía su aparición en el vasto campo de la estrategia política.

La encrucijada cobraba nuevos valores políticos, económicos y por ende estratégicos en el panorama de la paz armada que sucedió al primer conflicto mundial: la arteria abierta entre los mares Mediterráneo y Rojo bajo el nombre de Canal de Suez había pasado a ser la yugular del Imperio Británico. Y el petróleo había brotado de las arenas inútiles de Arabia, de la llanura siria, de las planicies más estériles de Mesopotamia, del desértico reino de los persas, en cantidades tan fabulosas como un relato arábigo de las mil y una noches. La sensible articulación de las tres grandes masas terrestres allí eslabonadas, pasaba a situarse, una vez más y con más poderosas razones que nunca, en su sentido histórico de corazón de la Tierra.

En el precario período de paz oprimido entre las dos grandes guerras del Siglo XX, el Medio Oriente conserva una tranquilidad aparente, re-

sultado del equilibrio un tanto inestable que Inglaterra logra armar con su tradicional habilidad política. En el subfondo alienta sin embargo una inextinguible combustión interior. La intriga palaciega que busca destronar monarcas por el simple prurito del poder va cediendo el paso a una nueva ansia de autodeterminación confusamente conformada en la mentalidad colectiva pero lista a surgir en el momento propicio bajo el impulso creador de un líder visionario. Fuerzas explosivas comienzan a generarse en la sombra. Los Imperios coloniales se preocupan ante la amenaza permanente de una Guerra Santa que agrupe el mundo musulmán en un impulso gigante, similar al que animó quince siglos atrás la gesta del Profeta para conformar su religión con el filo de la espada.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el Imperio Británico se ve en dificultades para mantener la cohesión de este pequeño gran mundo del cual depende su existencia misma, y tan solo la estabilidad hábilmente conseguida por su política colonial logra el milagro. Los gobiernos sometidos se mantienen leales. La esfera de influencias no se rompe. Las intrigas desatadas no consiguen subvertir el orden a la inglesa, y el petróleo continúa fluyendo para alimentar la guerra, en tanto la metrópoli acosada mantiene abiertas, entre "sangre, sudor y lágrimas", las rutas imperiales de las que depende su existencia. El viejo león, herido y maltrecho, termina la contienda sobre sus pies, fuerte el rugido victorioso y prestas las garras a conservar la herencia gloriosa.

El ocaso de los Imperios

La guerra suele traer consigo profundas transformaciones en todos los órdenes, cuyo alcance guarda relación con la magnitud del conflicto suscitado. La última contienda universal es el génesis de fenómenos gigantescos

que sacuden los órdenes establecidos con una profundidad que aún no ha llegado a su entero desarrollo.

En el campo internacional, el proceso de mutación reviste tres aspectos esenciales:

1. El declinar de los Imperios Coloniales.

2. El surgimiento de dos potencias rivales de poderío astronómico, cuyo enfrentamiento parte el mundo en dos bandos opuestos que sintetizan las dos tendencias fundamentales de la humanidad de postguerra.

3. La concreción en nuevas nacionalidades, del impulso de autodeterminación de los pueblos.

Estas tres consecuencias cruciales del conflicto se influyen mutuamente de manera decisiva. La tercera es consecuencia de la primera, que a su vez refleja como una onda sonora su propia vibración. La segunda es un factor determinante en la ocurrencia de las otras dos.

El Imperio Británico se enfrenta con un realismo muy propio de su mentalidad anglosajona al hecho inevitable, lo propicia y lo encauza, para desembocar en una Comunidad de Naciones cuyas formas peculiares de estructuración no vienen a ser cosa distinta que el resultado de la madurez política de una gran nación. Francia es más latina, más impetuosa en su concepción imperial, y trata de mantener su imposible dominio sobre pueblos en rebeldía por la fuerza de las armas. Argelia e Indochina son dos dolorosas experiencias y el ejemplo inglés demasiado evidente para desecharlo. Pero en una u otra forma, el resultado es idéntico: la concepción imperial ha perdido toda posibilidad de subsistir en el campo político, y ha dejado el paso a una noción más sutil de dominio, ubicable dentro del moderno concepto de la **esfera de influencias**, que lleva consigo un obvio matiz economi-

co. La fuerza de las armas cede el paso a nuevas formas de dominación, que persiguen en el fondo un mismo propósito.

El vacío de poder

En la Historia del Medio Oriente, tan identificada con la del vasallaje de los pueblos que lo han tenido como ámbito vital, el sojuzgamiento de grandes masas humanas por medio de la fuerza ha sido la forma habitual de la existencia. En seis mil años de vida, la conquista por la espada ha sido la única perspectiva del débil y del poderoso. Las razas que se suceden sobre las arenas no han tenido otra alternativa que la de dominar o ser dominadas, sin posibilidad alguna de existir en una atmósfera de paz, tan desconocida como la lluvia en el desierto.

El despertar a la vida soberana es una experiencia nueva e ignorada para unos pueblos tan viejos como la propia corteza de la tierra, pero con un sentido de la nación como patrimonio humano que apenas se asoma a la adolescencia. Hay una desmedida ansia libertaria que no envuelve del todo la comprensión exacta de esa libertad. La actitud colectiva es de desconcierto, de inexperiencia, de desconocimiento, primer contacto de la doncella casi primitiva con las realidades vitales.

Las nuevas nacionalidades carecen aún de contextura definida. Contrastes inimaginables surgen del ámbito casi medieval de reinos semif feudales como la Arabia Saudita, donde las rías de petróleo irrigan de oro improductivo las arenas. Los golpes de estado se suceden con rapidez impresionante. Se oscila entre la izquierda y la derecha. Al lado de una monarquía absoluta que gobierna con mano de hierro la posesión ancestral, se erige un estado republicano de nombre, democrático de forma, absolutista en la imposición inobjetable del régimen mismo.

En esta realidad inestable, fuertemente marcada por rivalidades internas de los Estados y hostilidad variable de estos entre sí, hacen su aparición las dos fuerzas descomunales de los hemisferios enfrentados. El desmoronamiento de los Imperios dejó abierto un vacío de poder, que si no se ha llenado aún ha sido por el equilibrio de las fuerzas deseosas de ocuparlo.

Este vacío constituye una de las más apremiantes angustias de la realidad universal. Sobre el yunque de la civilización hay dos formidables mazos levantados en un mismo anhelo de golpear de nuevo sobre esta eterna forja de la Historia.

Cuadro actual del Oriente Medio

La primera impresión que produce esta cuenca geopolítica, es la de una frustración de los imperativos ambientales para producir la fuerza capaz de unir y aglutinar el contenido humano que la habita. La región natural no ha logrado cumplir su cometido, y los determinantes históricos han sido más poderosos que las influencias geográficas, generando las formidables presiones internas que rompen y desunen lo que debería integrarse en un solo conjunto de poder.

Existen indudables imperativos aglutinantes además del medio geográfico. El más poderoso es, sin duda alguna, el de la religión, que en los pueblos islámicos constituye una fuerza de cohesión más valiosa que en ningún otro ámbito espiritual. Mahoma impuso su fé por una combinación de psicología del medio donde le correspondió obrar, y de medios coercitivos derivados precisamente de la mentalidad árabe a la cual dirigía su esfuerzo. La espada y la predicación se entremezclaron así en sus campañas religioso-guerreras, en dosis cuya mezcla fue por lo general más rica en el

acto de fuerza que en la persuasión intelectual.

La dura huella del Profeta de Alá no se ha borrado en la mentalidad musulmana con el paso de las edades. Lo que él unió a través de las páginas del Korán, bien puede reunirse hoy en una contradicción definitiva del sino que ha gravitado ancestralmente sobre esta región del globo. En esta forma, un tercer mazo se levanta sobre el yunque histórico anhelante de forjar en él su propio destino: el del mundo árabe.

La raza, aunque conformada por gotas de sangre de centenares de pueblos que han habitado la heredad común, contiene un elemento mayoritario: el árabe. En esta forma, pasa a constituir un tercer factor propicio para la integración de un sistema político que corresponda al mandato geográfico y a la necesidad de supervivencia.

Conviene excluir en este campo del análisis a Turquía, cuyo único vínculo de unión hacia el Mundo Árabe es el religioso, en tanto que profundos antagonismos en todos los demás órdenes, inclusive el racial, lo separan y distancian. Por otra parte, el ámbito geopolítico del medio Oriente se parte en dos zonas suficientemente diferenciadas entre sí, una de las cuales corresponde a la Turquía asiática. El antiguo Imperio Otomano no tendría sentido en nuestros días, de tal modo que si la nación turca pertenece políticamente al Medio Oriente en virtud de su posición física, está ausente de todos los demás órdenes de este conglomerado morfológico.

Sin embargo, y a pesar de estos tres poderosos factores aglutinantes respaldados en una innegable conveniencia política, son quizá más fuertes los impulsos de ruptura, cuyas facetas más visibles caben en el siguiente análisis:

—Nacionalismo regional

La conciencia social del árabe normalmente carece de la fuerza ecuménica necesaria para abarcar la extensión global del mundo en que se mueve. Su sentido de la lealtad no trasciende más allá de los límites de su propia tribu o del reducido grupo humano de que forma parte. Se explica así cómo el despertar nacionalista que ha sacudido como un efluvio eléctrico todas las capas de esta sociedad un tanto amorfa y un mucho descoyuntada, tocó la profundidad de un sentimiento colectivo adormecido y lo volvió a la vida, más como inquietud que como propósito, con más de instinto que de comprensión mental.

El nacionalismo no es pan-árabe como si es pan-islámica la religión. El poblador del desierto saudita es leal a su jeque, y a través de este a su monarca, pero ignora y aún es hostil a todo lo demás. Y ese monarca que capitaliza su lealtad no tiene el menor interés en convencerlo de la conveniencia de conformar el mundo de manera distinta, pues el primer usufructuario personal y directo de este sentir primitivo y excluyente, es el propio soberano.

Es así como cada nación árabe es ella misma, y tan solo mira más allá de las propias fronteras cuando una amenaza común se cierne con suficiente claridad sobre los intereses vitales —caso israelí— o sobre la fé islámica guerrera y combativa que heredó de sus mayores. O cuando alguna circunstancia favorable le permite contemplar a uno de sus vecinos, árabes también, con ávidos ojos de conquista.

Ambición de poder de los líderes

En el cuadro global del Oriente Medio, el hombre fuerte aparece con mayor frecuencia que el estadista. Y es

te tipo de gobernante suele obrar bajo imperativos personalistas más que en obediencia de conveniencias universales. El resultado es obvio: la ambición se transparenta en sus movimientos con tanta lucidez, que los demás gobiernos-hombre se inquietan, recelan y desconfían, lamentando en secreto que su vecino se les haya adelantado en la expresión de un ansia común de dominio que quizá tiene sus remotos raigambres en la conducta atávica de todos los poderosos que les precedieron en tronos y cabezas de Estado.

—Incertidumbre ideológica

El árabe medio no tiene partido político, ni ideología, ni conciencia diferente a la de su fé religiosa. El Korán no habla de comunismo ni de democracia, y la cultura árabe es la medida exacta del Korán. La política pasa a ser, en esta forma, privilegio de núcleos comparativamente reducidos, lo cual explica el fenómeno revolucionario que suprime monarcas para introducir fichas secretas de Moscú, y las elimina luego para sustituírlas por uniformados de derechas o demócratas que se inclinan a Occidente. La masa de la nación, entre tanto, movida por la primera voz que escucha o por la que sabe hacerse más convincente, se lanza a las calles o a las arenas, participa en la diversión revolucionaria sin saber a donde lleva, y retorna a su alfombra de oración para postrarse cinco veces al día en dirección a La Meca.

—La sinrazón de las divisiones estatales.

La división política entre los Estados no obedece a la lógica geográfica, ni a imperativos económicos, ni a determinantes raciales o de cualquier otro orden natural. Hay naciones que limitan y se separan de otras por una imprecisa frontera de arena. Donde la geografía une, el hombre ha separado.

Entidades geográficas claramente conformadas se rompen y dividen.

En parte, este fenómeno es la resultante del pasajero dominio británico que dejó sin embargo huellas profundas. De él surgió la Transjordania, cuya única razón de ser parece haber sido el lema favorito de la política inglesa: dividir para reinar. Allí, sobre una extensión arbitraria de arena improductiva se creó una nación, cuya subsistencia requería el auxilio económico de treinta y cuatro millones de libras esterlinas al año, destinado en su mayor parte para sostener la "legión árabe", instrumento de poder que durante muchos años constituyó el más sólido factor de equilibrio en los intereses encontrados del Medio Oriente. En parte, lo es de la arbitrariedad histórica, que a través de seis mil años ha gravitado sobre esta área del globo.

Observando el mapa de hoy, se encuentran revividos después de milenios los mayores imperios de la antigüedad, en algunos casos con los mismos nombres que ayer signaron su existencia. El Líbano es la Fenicia del comercio y la navegación. La tierra de los guerreros Hititas configura la Turquía actual. Irak, engloba las tierras de la Mesopotamia que sirvieron de sede a la civilización caldeo-asiria. Persia, bajo su actual nombre de Irán, sigue los lineamientos básicos del pueblo que le rindió culto a Zoroastro. La Arabia Saudita llena la península donde se pierde el oscuro origen de los pueblos árabes, y Egipto sigue siendo lo que fue en cuatro mil años de dinastías faraónicas. Por último, la Tierra Prometida de los hebreos vuelve a cobrar forma en el Estado de Israel, acuñado allí en un último gesto de contradecir la Geografía para imponer las fallas de la Historia.

—Presión de intereses foráneos

Perdido el Canal de Suez tras la

frustrada aventura de 1956, sacudido en sus cimientos el dominio político de otras épocas, Inglaterra conserva aún vastos intereses en el Medio Oriente ligados a la explotación del petróleo, y aunque golpeado duramente, su prestigio anterior sigue constituyendo una poderosa influencia política. La Unión Soviética, situada a las puertas mismas de la gran región árabe, máquina en la sombra con las armas revolucionarias de Lenin para hacerse a la adhesión de Gobiernos de facto surgidos de golpes de ambición. Los Estados Unidos, en base a la Doctrina Eisenhower, mantienen una poderosa flota en potencia sobre las aguas del Mediterráneo, con una decisión intervencionista que pudo apreciarse en su instantánea actuación en el conflicto que amenazó poner el gobierno del Líbano en manos comunistas.

Este sutil juego de influencias se opone al sueño de unidad árabe, por cuanto sus puntos de aplicación alcanzan resultados diversos y dividen en simpatías y alianzas más o menos encubiertas los diversos Estados del Medio Oriente.

—El Estado de Israel

Aunque la virulencia de odios se ha ido suavizando en torno a las fronteras del minúsculo Estado que ha pretendido revivir el viejo sueño de la Tierra Prometida, Israel continúa siendo uno de los más graves focos de conflicto en el caldero reverberante del corazón del mundo.

El renacer de la nación hebrea llegó acompañado del choque de las armas, tan familiar en su eco de tragedia a las tierras palestínicas. Comenzaba apenas a conformarse bajo el auspicio de las Naciones Unidas, cuando los Estados Musulmanes reaccionaron con violencia, y la llamada Liga Árabe constituida por Siria, Líbano, Jordania, Irak, la Arabia Saudita y Egipto se puso en marcha en una nueva

versión de Guerra Santa que amenazó la precaria paz mundial de la post-guerra.

El choque armado redundó a la larga en perjuicio de sus provocadores árabes, que no solamente sufrieron serios reveses militares, sino la pérdida de trozos del propio territorio y la expulsión de más de un millón de musulmanes del suelo judío. Cuando un armisticio de oportunidad abrió una pausa a la lucha en 1949, Israel se había expandido considerablemente y superaba los límites aproximados de sus mejores épocas de antigua grandeza bajo el reinado de Salomón. Estos límites no fueron modificados a raíz de la victoriosa campaña del Sinaí, que en siete días llevó los ejércitos de Israel hasta las orillas estratégicas del Canal de Suez. Aunque las armas se han silenciado desde entonces, la presencia misma del Estado Israelí constituye una espina insufrible en un flanco vital del mundo árabe.

Quizá la parte sensible del conflicto estriba en el antagonismo religioso del musulmán hacia todo credo extraño. Sin embargo, tras de esta apariencia visible hay algo más profundo: el contraste gigantesco que ofrece este trozo de Occidente enclavado en Palestina, con el complejo oriental del mundo árabe que allí se inicia.

Para el viajero que recorra los países árabes, y traspase la frontera palestínica de Israel, este contraste se evidencia en toda su magnitud abismal. Aquellos no han salido de la edad bíblica. Siguen viviendo sobre sus arenas la existencia del beduino trashumante, o la del agricultor primitivo, o la puramente pastoril. En las afueras de espléndidas ciudades como Alejandría o El Cairo, la cisterna sigue siendo el único acueducto, el arromedario el único vehículo, el búfalo o el asno la única fuerza motriz de una agricultura primitiva. Los hombres se-

mejor asumir actitud idéntica a la de sus antepasados en los orígenes de los tiempos. En esta humanidad de túnica y turbante, la presencia de un Estado moderno como Israel constituye un anacronismo casi doloroso.

Israel es, en la dimensión exacta de la frase, una nación en marcha. Su fuerza expansiva se transparenta en todas las cosas. Su mística de país joven y fuerte dentro de su antigüedad histórica como pueblo, su vitalidad en perpetuo desborde de su pequeñez territorial, son manifestaciones del fenómeno colectivo que antecede a la grandeza. El territorio será bien pronto insuficiente para contener el rápido crecimiento de la población, y las aspiraciones de sus habitantes.

La pujanza de Israel se evidencia en ciudades modernas como Tel Aviv y Haffa. En las granjas cooperativas o "kibutzes", de moderna explotación. En la presencia de acueductos, represas, centrales termoeléctricas, excelentes carreteras, cultivos técnicos. Su capacidad e ingenio se concretan en la obra formidable de recuperación del desierto del Neguev. Los inmigrantes de Occidente importaron con sus conocimientos tecnológicos, la habilidad tradicional de una raza inteligente y de marcadas inclinaciones científicas.

Al traspasar de nuevo las fronteras después de recorrer en pocas horas la extensión longitudinal del país, se sufre de nuevo el violento impacto anímico producido por una remendada tolda de beduinos, abrigo de suciedad y de miseria de gentes sin perspectiva dinámica, sin ansia vital, sin espíritu alguno de progreso. Las mujeres envueltas en velos y ropajes que apenas dejan al descubierto la profundidad oscura de los ojos. Los hombres en su atuendo absurdo de túnicas que no han variado con los siglos. La pereza, la holganza, la indiferencia, caen pesadamente sobre estos núcleos nomá-

dicos, mientras las cabras devoran los escasos yerbajos del desierto y la tribu vuelve a ponerse en marcha hacia idénticos horizontes de desesperanza.

—El instante actual

Cuando se habla de aspectos políticos del Medio Oriente, tan solo puede concebirse el instante como medida del tiempo. La inestabilidad de los gobiernos, la presencia de fuerzas contrarias de la magnitud de las que se han analizado en estas páginas, hace difícil la previsión y destruyen los fundamentos del cálculo.

Sin embargo, del confuso ambiente, de la niebla espesa que parece ocultar el porvenir, surge una tendencia que comienza a plasmarse en realidad: la integración positiva de este mundo árabe desunido y disperso.

La Liga Árabe fue un primer intento, que tuvo en su inconsistencia inicial el origen de su bancarrota. Fue sin embargo, un índice significativo de la voluntad inexpresada pero innegable de pueblos identificados por similitudes religiosas, étnicas y ambientales.

La República Árabe Unida, fue un segundo paso de mayor alcance pero de concepción prematura. Siria y Egipto, sin fronteras territoriales físicas, sin un plan de largo alcance que contemplara las complicadas maniobras necesarias para la fusión de dos naciones, realizaron un acto más sentimental que técnico, y su duración fue tan fugaz como la simpatía de los Gobiernos que la hicieron sobre bases demasiado endebles.

En el instante actual un tercer intento cobra fuerza y cristaliza en una nueva modalidad unitaria, cuya iniciativa ha partido en esta ocasión de una dirección promisoriosa: La Mesopotamia de antaño, que tiene en Bagdad la capital de la grandeza árabe en sus siglos de oro.

La trascendencia de este hecho no puede pasar inadvertida. A raíz del último golpe de Estado que destruyó el gobierno izquierdizante de Abdul Karem Kassem, y la vida de su conflictivo fundador, Irak asumió la iniciativa en la realización del sueño panarábigo. Siria y Egipto respondieron con inusitada presteza, y la República Árabe Unida que parecía deshecha resurgió con renovador vigor, sobre bases más sólidas de alcance predominante económico. Parece que los estadistas árabes que han dado este paso de indudable significación, han partido de las duras experiencias pasadas. Por primera vez en este tipo de asociaciones inter-estados se prescindió de la alianza militar y se dejó de lado el problema israelí. La declaración conjunta de las tres naciones prevé una asociación integrada de tipo descentralizado, sin duda la más acertada para conjugar las tendencias divergentes, y la más racional para calmar la alarma de los demás Gobiernos. El Presidente egipcio ocupará la cabeza del Consejo de Gobierno, como representante del país más densamente habitado de la nueva firma.

Ante la realidad de este hecho, se desdoblán instintivamente las páginas de la historia para retroceder a través de las centurias y evocar la guerrera estampa del Nabucodonosor babilónico, cuyo Imperio partió, precisamente, del núcleo geográfico del área para atraer la periferia hacia él.

La Historia se repite incesantemente. ¿No podrá ser esta la oportunidad en que así ocurriese? Irak, como reencarnación de los reinos antiguos del Tigris y del Eufrates ocupa el centro geográfico de este corazón geopolítico de la Tierra. De él bien puede surgir una nueva grandeza, forjada no ya como en el pretérito por la fuerza de las armas y el terror que irradiaba el soldado asirio o el guerrero árabe, si-

no por la comprensión de las fuerzas unificadoras de la naturaleza.

Irak une a su fabulosa riqueza petrolífera, el potencial agrícola de sus dos ríos históricos. En esta forma, a la fuerza nodular de su posición geográfica añade el vigor formidable de una economía sustentada en dos pilares más sólidos y durables que los que sirvieron para elevar los jardines colgantes de la vieja Babilonia. Sir Anthony Nutting, Ministro de Estado para Asuntos Extranjeros de Inglaterra al desencadenarse la tormenta de Suez en 1957, escribió semanas después con un acento que los hechos de hoy tornan de acierto casi profético:

“¿No podría ocurrir que una nueva unidad árabe, conducida por Irak y lubricada por su prodigiosa riqueza, surja de entre las durmientes reliquias cubiertas de polvo de los imperios de Asiria, Partia y Arabia, con Bagdad, Mosul y Kirkuk jugando en los años por venir un papel similar al que des-

empeñaron las cercanas Babilonia y Nínive en tiempos idos...?”

Si esta unión incipiente llegase a solidificarse, quizá asistiría nuestro Siglo a un ejemplarizante fenómeno creador, en el que las fuerzas económicas y el ámbito geopolítico de una vasta área terrestre lograsen imponerse finalmente a las múltiples fuerzas de ruptura y cohesionar con la inteligencia humana lo que la fuerza destructora de la guerra ha despedazado tantas veces a lo largo de los siglos. Por primera vez en los seis milenios de su existencia, esta área crítica del globo terráqueo no llenaría su vacío de poder con la invasión y la conquista, y sus pueblos se unirían con vínculos distintos a las cadenas que ancestralmente los han atado al carro de combate del guerrero victorioso.

El corazón geopolítico de la Tierra, latiría así al compás de su verdadero destino.

“Si los vestigios de civilizaciones desaparecidas tienen apenas a nuestros ojos el valor de reliquias de un pasado muerto, estaremos equivocando fundamentalmente un concepto. El pretérito no muere; lo llevamos en nosotros, aún si jamás leemos una página de historia... Cada vez que leemos un periódico o escribimos una carta, empleamos símbolos cuyo origen puede buscarse, a través de romanos y griegos, en la Fenicia antigua, y aún más allá: en el remoto Egipto... El pasado está presente en las cosas que amamos... en las que odiamos, en el lenguaje que escribimos... aún en nuestra personal manera de discurrir y razonar”.

Leonard Cottrell.